

miento. En los últimos días de abril se publicó un monitorio.

Ya hemos dicho en el proceso de *Calas* cuál era el carácter de este acto de procedimiento, mas bien hecho para turbar las conciencias y estraviar á la justicia, que para obtener la verdad.

Mientras se evocaba contra la acusada este medio terrible, se le rehusaba, atendida la enormidad de su crimen, la asistencia de un abogado. No obstante, se encontró entre los abogados á un hombre, M. de *Nivelle*, que quiso ensayar esta defensa imposible, y de esta manera quedó salvado en esta causa, en apariencia, el principio de la proteccion de la acusada.

Abundaron los testimonios contra Mad. de Brinvilliers. Edmee Huet añadió á sus últimas declaraciones que un día, á consecuencia de una comida en la que habia bebido su señora mas que de ordinario, al entrar en su alcoba, le habia enseñado Mad. de Brinvilliers una cajita, diciéndole: «Hay aquí mas de una sucesion, y con qué vengarse bien de sus enemigos.» Esta caja contenía arsénico. Edmee Huet la arrojó al fuego.

Francisca Roussel, otra criada, pretendió que un día le dió Mad. de Brinvilliers gruesos confites; comió de ellos lo que cupo en la punta de un cuchillo, y en seguida se sintió mala. La marquesa le dió todavía una lonja de jamon que ella comió, y desde entonces padeció un gran dolor de estómago, sintiéndose como si le hubieran picado en el corazon. La Roussel decia haber estado tres años en este estado, creyéndose envenenada.

Estas declaraciones de las criadas cargaron la cuenta, ya bien pesada, de la marquesa, y aquellas brabatas despues de beber, aquellos ensayos de veneno *in anima vili*, exagerados todavía por el rumor público, no aumentaron poco el horror que inspiraba la envenenadora parricida y fratricida. Es casi cierto que estas acusaciones de las criadas de la marquesa de Brinvilliers no deben considerarse sino como otras tantas bachillerías de unas muchachas que quieren hacerse interesantes y que se ven obligadas á repetir á la justicia las invenciones que se han echado á cuestras para figurar de un modo ú otro. Mad. de Brinvilliers no bebia con esceso, y bastan para condenarla sus demás vicios sin que haya que achacarla este esceso propio de lacayos y de gente de poca monta. Tampoco fue ella quien envenenó á la Roussel, supuesto que este delito no está anotado en su exámen de conciencia.

Otros testigos mas admisibles, declaran que M. de Brinvilliers, sin dejar de querer á su mujer, abrigaba algun recelo de que se pudiera atentar contra sus días, por lo cual llevaba siempre encima una dosis de triaca.

En París, lo mismo que en Mezieres, Mad. de Brinvilliers lo negó todo, y en ambos puntos el interrogatorio recayó sobre sus cómplices y especialmente sobre Pennautier. Preciso es confesar que, si como asegura M. Michelet, los magistrados conspiraban para proteger al recaudador general del clero, se dieron muy mala maña para conseguirlo. Interrogada la marquesa veinte veces con respecto á Pennau-

tier, siempre contestó que este y Sainte-Croix tenían asuntos reservados que tratar, pero que nunca llegaron á su noticia.

María Leclere, mujer del escribano Fausset, refiere uno de los muchos dichos atribuidos á la marquesa en la época en que se halló la arquilla, á saber: «Que habia un hombre que lo compondria todo por 4 ó 5,000 libras y que este sujeto no era persona de calidad, sino rico únicamente.»

Esto como se ve, podrá aludir muy bien á Pennautier; la acusada negó haber dicho semejantes palabras.

La doncella Genoveva Bourgeois declaró además: «La señora de Brinvilliers me ha contado en confianza que se decia que el señor Pennautier se habia fugado de París porque se le acusaba de haber envenenado á su mujer. Si yo pudiera encontrarle, añadia la marquesa, no me faltaria dinero. Es un hombre muy rico; su suegra le ha dicho que no eran suficientes 40,000 libras para echar tierra sobre un asunto como este, (Mad. de Brinvilliers no me dijo qué asunto era) que lo que habia que dar era 50,000.

Es tan cierto que se quiso ver claro con respecto á los antecedentes de Pennautier, que al efecto se la armó á la marquesa un lazo en la misma cárcel, encargándose un tal Barbier de hacerla caer en él. Seguro este hombre, que era un archero, de la necia confianza en que vivia la presa, hizo por verla á solas y la preguntó fingiendo el mayor interés por ella si contaba en la ciudad con algunos amigos que pudieran ayudarla. La marquesa, despues de un momento de reflexion le contestó:—No veo otro que M. de Pennautier.—¿Está tambien comprometido ese hombre con vos en todo esto?—Yo lo creo, contestó la Brinvilliers; está tan interesado y debe tener aun mas miedo que yo. Pero yo no he dicho nada y soy demasiado generosa para decir nada de él. No diré nada, repito, pero si yo quisiera hablar, podría perder á muchas personas de calidad.» Esto, lo repitió dos veces. (Declaracion de Antonio Barbier de 15 de mayo de 1676).

Entonces pidió la marquesa recado de escribir y entregó al archero la siguiente carta que aquel la prometió hacer llegar á su destino (1).

«29 de abril, en la Conserjería.

»He sabido por mi amigo que tratis de servirme en mi asunto y ya podeis figuraros que es este un nuevo motivo de gratitud, á lo que ya os debo por las bondades que habeis tenido conmigo. Hé aqui por qué, si teneis semejante intento, es preciso no perder tiempo y ver con las personas que se entenderán con vos, cómo se ha de arreglar lo que deseais. Me parece que seria conveniente el que no os dejáseis ver tanto, pero mi amigo debe saber en dónde parais. El consejero me ha hecho muchas preguntas con respecto á vos y debeis creer, caballero, que no he podido decirle nada que os perjudicara, y que haré

(1) Reproducimos testualmente estas cartas, tales como se hallan en el tomo manuscrito del *Suplemento francés* 350/20.